

VALORES DE LA UNIÓN EUROPEA E INVASIÓN DE UCRANIA

DANIEL BERZOSA LÓPEZ

ABOGADO. DOCTOR EUROPEO POR LA UNIVERSIDAD DE BOLONIA. ACADÉMICO DE NÚMERO DE LA REAL ACADEMIA EUROPEA DE DOCTORES. PROFESOR COORDINADOR DE DERECHO CONSTITUCIONAL DE CUNEF UNIVERSIDAD

Los valores y principios en los que se fundamenta la Unión Europea, según su Tratado¹ y su Carta de los Derechos Fundamentales², son principalmente de respeto de la dignidad y los derechos humanos; la libertad, la igualdad y la solidaridad; la democracia y el Estado de Derecho. No puedo detenerme ahora a explicar el desorden, la falta de armonía y el error conceptual-histórico de las redacciones que muestran, ni por qué se distingue entre valores y principios de una norma a otra en el caso de la democracia y el Estado de Derecho, y si eso tiene alguna consecuencia práctica; pues la petición de estas líneas ha de responder a una reflexión del todo, es decir, de esos conceptos que se preceptúan en la base de la construcción política de la Unión Europea y a los que me referiré sencillamente en este artículo como valores, ante el intento de invasión que está padeciendo Ucrania por parte de Rusia desde el 24 de febrero de 2022.

La última y actual acción expansionista de la Federación Rusa, tras los consentimientos occidentales anteriores sobre la integridad de Ucrania —acaso con el

¹ Artículo 2 TUE: «La Unión se fundamenta en los valores de respeto de la dignidad humana, libertad, democracia, igualdad, Estado de Derecho y respeto de los derechos humanos, incluidos los derechos de las personas pertenecientes a minorías. Estos valores son comunes a los Estados miembros en una sociedad caracterizada por el pluralismo, la no discriminación, la tolerancia, la justicia, la solidaridad y la igualdad entre mujeres y hombres».

² Del *Preámbulo*: «Los pueblos de Europa, al crear entre sí una unión cada vez más estrecha, han decidido compartir un porvenir pacífico basado en valores comunes..., la Unión está fundada sobre los valores indivisibles y universales de la dignidad humana, la libertad, la igualdad y la solidaridad, y se basa en los principios de la democracia y del Estado de Derecho. Al instituir la ciudadanía de la Unión y crear un espacio de libertad, seguridad y justicia, sitúa a la persona en el centro de su actuación».

ingenuo fin de evitar la guerra—, ha revelado la verdadera intención de fondo: poner en jaque a Occidente, a la Unión Europea, a sus valores. Se ha pasado una vez más en la historia a la política de la guerra, que no es, según Clausewitz, «más que la continuación del intercambio político, con una “combinación de otros medios”» (*De la guerra*). Como ha escrito Adela Cortina, «recurrir a la deliberación y al diálogo en lo posible es la tarea que cumple al hombre que —como diría Max Weber— tiene vocación política, mientras que la mentira sistemática es el recurso del tirano acostumbrado a manipular todo en beneficio propio, empezando por la palabra, con lo cual destruye toda posibilidad de generar confianza y una convivencia justa» (*El País*, 18-3-2022). Esto es lo que ha hecho Putin contra Zelenski, Rusia contra Ucrania y la Unión Europea, y contra Occidente.

La Unión Europea, pese a sus problemas y tensiones, internos y externos, propios de la dinámica de algo que está no solo vivo, sino creciendo, y sus problemas propios de las resistencias de sus componentes ante el temor a diluirse en una entidad política supranacional, se ha encontrado ante un trascendental e inescapable *aut-aut* (o lo uno o lo otro) en términos parejos a los filosóficos planteados por Kierkegaard. Es decir, ante «la elección por la cual se elige el bien y el mal, o por la cual se los excluye. Se trata de saber bajo qué determinaciones se quiere considerar toda la existencia y vivir uno mismo» (*Estética y ética*). La Unión Europea ha debido tomar partido, seguir una dirección, mantener una visión de la existencia. O sucumbir frente a la visión agresora. Y ha optado correctamente por permanecer en los derechos

fundamentales, la libertad y la democracia. La Unión Europea ha optado por apoyar a Ucrania frente a la invasión de Rusia.

Nadie daba un duro por Zelenski el 24 de febrero de 2022. Pero estamos a 1 de abril de 2023, esto es, a un año, un mes y una semana después del inicio de la invasión de Ucrania por Rusia, y la fantasmal «operación militar especial» no solo se ha esfumado, sino que se ha instalado en una guerra de desgaste. Con ofensivas, contraofensivas, victorias y derrotas alternativas, el conflicto ruso-ucraniano se ha empantanado en una especie de «statu quo».

La resistencia ucraniana es la de los valores occidentales y está conteniendo a un ejército que, hasta entonces, se estimaba incuestionablemente superior. La voluntad de resistir del pueblo ucraniano no se ha quebrado. Zelenski parece haber leído este pasaje de Maquiavelo: «Si cedes por miedo, lo haces para evitar la guerra y la mayoría de las veces no podrás evitarla, porque aquel a quien cobardemente has hecho concesiones, no quedará satisfecho, y querrá arrebatarte alguna cosa más, irritándose más contigo y teniéndote menos; y, por otro lado, tendrás de tu parte menos defensores y más fríos, pues les parecerá que eres débil o cobarde; pero si tú, en cuanto tu adversario descubre su intención, preparas tus tropas aunque sean inferiores a las suyas, él comenzará a tenerte en cuenta, los otros príncipes te estimaran más, y, si tomas las armas, desearán ayudarte; mientras que si hubieras cedido, no te ayudarían».

La presidenta de la Comisión Europea, Ursula von der Leyen, confirmó dichas enseñanzas de Maquiavelo en el último discurso anual sobre el estado de la Unión ante el Parlamento Europeo. Y ha cumplido lo que manifestó. No era y no sigue siendo el momento de ceder. Y viajó a Kiev para mostrar su apoyo al presidente ucraniano, y le garantizó el acceso sin trabas al mercado único europeo. Las sanciones contra Rusia y el apoyo al esfuerzo bélico de Ucrania no solo se han mantenido, sino que se han incrementado. Acertadamente, Von der Leyen declaró que «hay mucho en juego, no solo para Ucrania, sino para toda Europa y el mundo... No es solo una guerra de Rusia contra Ucrania, sino también contra nuestra energía, nuestra economía, valores y futuro. Es autocracia contra democracia».

Al margen de la idea permanente y correcta de que la Unión Europea es un proceso y, como tal, siempre está en tensión, donde la variedad de historias, de sociedades, de derechos, de lenguas, de temperamentos, de intereses, parece que hará imposible alcanzar un estatus reconocible por la Teoría del Estado, la agresión de Rusia a Ucrania, y el tamaño de los actores mundiales decisivos, parece haber hecho despertar a sus dirigentes (europeos y nacionales) y a los pueblos que la integran la necesidad de tomar una decisión. O se está dispuesto a jugar en esa liga mundial, para lo que es necesaria una masa territorial y de población bajo una dirección

política, o se está condenado a ser un espacio fragmentado y, por tanto, fragilizado de la Tierra, al servicio de las potencias mundiales vigentes y emergentes.

Putin ha desencadenado una guerra atroz, pero también ha dado luz al nacimiento de la Europa geopolítica, una Europa unida detrás de una serie de principios e intereses, por fin alineados en una serie de medidas prácticas. Esa Europa tiene que ser capaz de conformar el siglo XXI con la claridad moral que está mostrando, pero también con decisiones de profundo calado que la acompañen. Sin embargo, la Europa geopolítica tiene un talón de Aquiles: la energía. Hemos ido a la guerra contra Putin, pero la consecuencia no intencionada de querer hundir su economía es pagarle aún más por la energía que compramos a Rusia. Nunca un adversario financió tanto a su enemigo.

La guerra está cerca y lejos. Es real en los refugiados y la destrucción, y el empobrecimiento de los estados de la Unión Europea, pero lejana en cuanto al campo de batalla. Los ciudadanos occidentales y, en particular, los europeos debemos asociar los costes económicos a nuestros principios e intereses, empezando por la libertad y los demás valores sobre los que se asienta. Si no lo hacemos, perderemos.

Se ha de ser consciente de que la guerra seguirá por el tiempo que se mantenga ese apoyo «rebus sic stantibus», es decir, si no cambian o se añaden nuevas circunstancias que alteren sustancialmente la situación. Como, por ejemplo, entre muchas variables, que Rusia impida completamente la salida del grano ucraniano o el

suministro de gas, o emplee —algo impensable— el arma nuclear. O que China invada Taiwán antes del 2025 (previsión de casi la totalidad de los analistas hasta el 24 de febrero de este año, cuando todas las previsiones quedaron anticuadas). No se olvide que China está con Rusia, y viceversa. Y viene de lejos. Vladimir Putin (sí, ya estaba) y Jiang Zemin reeditaron en cierto modo la «amistad para siempre» que firmaron Stalin y Mao en 1950, con el Tratado de Amistad de 2001, y lo renovaron el mismo Putin y, ya, Xi Jinping en el verano de 2021. Y lo han vuelto a renovar recientemente tras la visita del líder chino a Moscú.

Las naciones de Europa no tienen otra alternativa que unirse aún más en la Unión Europea. Y esta debe, así como los estados que la integran y los demás que desean permanecer en Occidente, todos deben permanecer en los primeros principios, basados en los derechos fundamentales, la libertad, la democracia y el derecho.

El Estado de Derecho o, mejor, el Estado Constitucional, como compendio de los valores y principios de la Unión Europea, es una valiosa estructura, la mejor ideada en la defensa de la libertad y la democracia, que ha costado mucho erigir. Admite perfeccionamientos y está amenazado por el riesgo de sufrir restricciones, lesiones, heridas más o menos graves, que lo degrade y mine. Pero debe tenerse presente que cuanto depende de la inteligencia, la voluntad y la acción humanas no es permanente e irreversible. La Unión Europea y los estados constitucionales que la forman deben mantenerse con suficientes elementos como para poder seguir reconociéndolos como

tales, y deben sostener la defensa de unos valores que han liberado a la humanidad de la esclavitud y el dominio del poderoso, sin más límites que la voluntad de este y no del soberano, que es el pueblo o nación de cada estado. Si esto se hace así, aun cuando padezcan heridas y enfermedades, retrocesos y fallos, podrán también recuperarse, restablecerse y perfeccionarse y seguir siendo referencia de libertad para todas las comunidades de la Tierra.

Es decisivo para la Unión Europea que encuentre los mecanismos necesarios para atajar las tentaciones nacionalistas o autocráticas en el interior de sus estados. Por ejemplo, mediante la afinación de las políticas de vecindad, y la recta inversión comercial y económica, con el fin de procurar un mayor bienestar y uniformidad entre regiones colindantes y reducir el riesgo de utilizar el descontento de la población para desestabilizar la misma Unión. Ha llegado la hora, ante el desafío planteado, de que Europa abandone el buenismo o aun su idealismo purísimo, puesto que las reglas del juego mundiales han saltado por los aires con la invasión de Ucrania por Rusia.

No obstante, lo que está aconteciendo en Ucrania ha cambiado sin lugar a dudas la idea de cooperación militar y de coordinación en política exterior. Los dos pies de barro más embarrados para una efectiva unión política de los estados democráticos de Europa. Parece que se avanza en la voluntad de concretar una mayor autonomía estratégica en ciertos sectores clave. Esto pertenece el ADN de la Unión Europea, que ha empleado las crisis como periodos de refundación o avance.

La crisis financiera de 2007 acarrió el fortalecimiento del sistema bancario. El *Brexit* —sin perjuicio del deseable regreso del Reino Unido a la Unión Europea— ha permitido avanzar más rápido en cooperación e integración que antes. La pandemia del virus chino ha abierto insólita y positivamente el camino para ayudas en forma de endeudamiento mutualizado europeo. La agresión rusa a Ucrania ha generado unidad y determinación no solo entre la dirigencia de la Unión Europea y sus estados, sino entre las opiniones públicas de cada uno de esos entes.

Hemos de ser y sentirnos optimistas dentro de la realidad. Los líderes de la Unión Europea, tanto propios como de las naciones que la integran, han recogido el guante y se han pronunciado a favor de la posible reforma de los Tratados de la Unión Europea con el fin de alcanzar de forma real y efectiva las promesas más valiosas del pasado, que se refieren a la paz, al progreso, a «una Europa que cuida y que se atreve» (Von der Leyen).

Y todo ello sin perder de vista que este problema de cambio de época no solo se enmarca en la crisis del orden liberal derivado de la ascensión de China y sus satélites en el tablero mundial, no es tanto que haya una amenaza externa o una disputa geopolítica por el poder por parte de otros actores internacionales, sino que más bien se está en un proceso de crisis y erosión interna consistente en el debilitamiento de las bases sociales occidentales y, por tanto, europeas.

Se debe cortar de plano también el papel que juegan las fuerzas antiliberales que están apareciendo dentro de algunos de los países en los que se asienta ese orden liberal y sus valores y principios, que son los de la Unión Europea. En definitiva, la solución no pasa solo por reforzar las estructuras y normas de la Unión, sino que es obligado recuperar el pacto político en torno a las ideas que subyacen en el contrato social para restaurar la confianza y el apoyo de los ciudadanos.